

"El doctor" nos visita. "Yo soy el rey de los locos"

Elite.

Una visita simpática

– Buenos días, señor...

Por la puerta asoma un sombrero sucio, luego un hombre barbudo y también sucio, pero un hombre singular. Así no se entra a pedir, ni a ofrecer una colaboración, ni a reconvenirnos por un elogio excesivo. Y así no se puede rechazar a nadie: le tiendo la mano.

– Mis respetos caballero... Soy el doctor Miguel Martínez Yépez...

Y el visitante frota la mano contra la manga para estrechar la mía. La mano está más limpia que la manga: pero no importa, es un gesto de cortesía. Y el hombre se sienta frente a mí, me mira y se sonríe. Esa sonrisa si es limpia: le sale la alegría por los ojos, de entre los dientes, de entre la barba. Y el hombre acepta un cigarro, lo enciende, se apoya sobre el respaldo y me echa una bocanada de agradecimiento. Eso no lo hace nadie que no esté seguro de sí mismo, que no se sienta en su casa. Con camisa y todo; éste me parece un hombre feliz.

Un mal estudiante

"El doctor" habla muy bien. Y dice verdades como son las mentiras maracuchas: grandes. Sólo que las dice incongruentes y sin hilación. Este es el aspecto incomprendido por los que llaman locos a los demás. El doctor Miguel Martínez Yépez no lo es aunque se autotitule "el rey de los locos". Y mi trabajo consiste en repetir sus verdades de la forma en que las dicen los mentirosos: ordenadamente; para que choquen menos.

– Si me consultan antes de nacer, yo hubiera mandado a mi hermano... –Pero lo dice riendo. Estoy seguro que en el fondo está contento de haber emprendido este viaje. Ha tenido algunos tropiezos, ¡claro es! El primero lo dió de Pele el Ojo a Peligro, allí nació. ¡Y dice que dió el trapiés porque no sabía leer!... Por eso mismo también le mandaron a la escuela. Era uno de los alumnos más aventajados del Colegio Sucre, en la esquina del Cují. "El doctor" se pone serio para nombrar a don José Manuel Núñez Ponte, su maestro, un gran profesor. El era un poco vago, "¡eso sí!". Y si hay que decir la verdad entera, era un mal estudiante. Pero se graduó al fin; que eso nada tiene que ver con saber o no saber. Así nació el abogado, por saber leer. Pero esta vez él lo quiso, que no es como eso de hacer...

La tragedia

"El doctor" pide un cigarrillo, y lo enciende. Tiene todo el aire de un personaje bíblico, de esos que llegaban a muy ancianos sin envejecer. La frente sin arrugas, como la de un niño; los ojos vivos, llenos de una desbordante alegría infantil; de San José, la nariz carnosa y fuerte y la barba, casi blanca. El pelo... bueno, a esa cara el pelo no le va bien. Es casi tan blanco como la barba; pero expresa una endiablada rebeldía. Tanto que esa cara de santo tiene una cabeza de diablo. Los dientes se le mueven al reír, como si fueran teclas de un extraño piano. ¡Y conste que suenan muy bien! De la ropa, es muy fácil resumir: un traje de faena y fiesta, de lluvia y sol, de noche y de día. Esa tela encerada de lamparones que brilla como el acero aguanta lo que viene y algo más. Despechugado, apenas se le ve la camisa, que hace mucho que cambió de color. Corbata, no la quiere, que él no se quiere ahorcar. Zapatos negros, sin calcetines y dice que para no sudar...

– Tengo el alma llena de mohos y desengaños...

Pero me parece que esto no es verdad. ¿La edad del doctor?

– ¡Puá!... Los años, ¡para qué!

Hay en el gesto un desprecio olímpico. Y después se pone a pensar. Yo le veo dar marcha atrás con la imaginación... ¡alto! Ahí debe haber algo que anda mal. El hombre acaba de envejecer, se le desmayan los párpados, se le apaga aquella luz, y el hombre parece otro.

– El año 27 me fuí a La Habana, y me casé con una cubana...

– ¡Si le ha salido en verso!

Pero los ojos no se animan.

– Oiga Ud. este otro: "El que bebe agua en Tapara y se casa en tierra ajena, no sabe si el agua es clara o si la mujer es buena"...

– Pero ese no es suyo.

– No, pero yo tengo una anécdota... ¡esta sí es mía!: Pues ese mismo año me fuí, bueno, nos fuimos, a París. Yo había recibido una herencia de 140.000 bolívares... ¡Humm!...

El hombre envejece más... Ese "¡Humm!" parecía casi un chasquido. Ha unido los labios con tal fuerza que se le han hinchado los carrillos, ha temblado la barba, se le han escondido los dientes...

– ... Bueno, total, que un día almorzaba en un Restaurant muy, muy elegante, y me trajeron un "beefsteak" muy, muy duro... "¡Humm!". Era un día de tormenta, lo recuerdo muy bien porque fui a abrir una de las ventanas y el camarero me advirtió: "Monsieur, hay tormenta"... "Monsieur camarero, por eso mismo; ¡el "beefsteak" está tan duro y el cuchillo tan mal de corte, que a ver si por lo menos viene un rayo y me parte!..."

Ya ha pasado el nublado. Ya el doctor se ríe otra vez. ¿Y la tragedia?

– La mujer se fué, y los reales también. Total, que me dejaron con los ojos claros y sin vista... Bueno, eso de sin vista, ¡vamos a ver! A mí me robaron los lentes, pero de lejos veo muy bien... ¡Qué día tiene Ud. allí?... 14 ¡no señor! deshoje ese calendario, quítele ese vil papel, no tenga miedo de envejecer... ¡día 15, eso es!

Opinión sobre la mujer

– Bueno, ¿y qué opina de la mujer?

– La mujer... ¡maravillosa es esa prenda!... Pero sea cual fuera, le debemos eterna consideración. ¡Yo siempre recuerdo, caballero, que mi madre fué una mujer!... ¡Y he hecho un pacto de justicia!... ¿El matrimonio? Bueno, eso es algo así como una lotería: si toca "buena", primer premio; si "mala"... ¡vamos a poner que el tercer premio! Porque vamos a hacer un reportaje decente, ¿verdad?

Un durazno en decadencia

– A mí me hace falta un brandy...

Ha hablado consigo mismo. Entonces es que le hace falta de verdad.

– Gracias, caballeros. Y un vaso de agua, por favor... "thank you, my friend"... "¡Monsieur, monsieur": un cigarrillo, "please"...

Y ya está el hombre como un sacerdote en el altar: con la reverencia del que va a officiar. Un trago de brandy, otro de agua, un chasquido fenomenal, como no he oído otro, de satisfacción, y mientras hurga con sus manos en el bolsillo...

– El ron no me gusta; en el fondo, me perjudica... Este veneno hay que apurarlo lentamente, como la famosa constituyente: Vamos a ver...

Por fin saca algo envuelto en un papel, descubre un centímetro de nabo y le clava un diente. Da un chasquido con la lengua, y el nabo se pierde en el bolsillo, envuelto en su papel. Allí vuelve a hurgar, y sale a la luz un durazno chiquitico, arrugado, mocososo, y le muerde también... Pero busca la papelera, pide permiso y lo bota... "Como yo, este durazno está en decadencia"...

Un honrado profesional

– Doctor Miguel Martínez Yépez, ¡así es la vida!, abogado venezolano...

– Y ¿por qué dejó de ejercer?

– ¡Ah!... Tantos pleitos defendí, que no quiero saber de eso nada más; ¡yo amo a mi República!... De política nada; eso como los toros, desde la barrera. ¡Y conste, caballero, que siempre he procurado tener las manos limpias, aunque mis ropas estén sucias!... ¡Humm!... ¡Ponga eso, ¡eh!, eso es enorme... Yo soy un poco periodista, ¿sabe?...

Un trago de brandy, otro de agua; de nuevo el astroso paquetito, otra dentellada y:

– ¿Un cigarrillo, "please"?... "Thank you, my friend"... Pues, como íbamos diciendo: "Volverán las oscuras golondrinas"...

– Ud. es poeta.

– No, soy loco. Yo soy el rey de los locos. Pero cualquiera de las dos cosas da igual. Poesía, la verdadera poesía, está en Dios...

En pos de Dios

– ... en eso que no se ve y se siente en todas partes.

– ¿Dónde encuentra a Dios?...

– Aquí, está con nosotros. Lo ha dicho con reverencia conmovedora. Como quedamos silenciosos, se exalta un poco, abre los brazos y, temblándole las manos, añade, como si recitara: "Es el viento, que no se ve: es el sol, que nace y... vuelve a nacer; está en la mirada limpia y pura del niño; está en el amor inagotable de la madre; está en la débil hierba que nace en el campo, en la fragancia de la flor; en el milagro de la vida, que sigue, sigue, a pesar de la muerte"... Ya está levantado; de pronto, mira en derredor, y, como arrepentido de su exaltación, se sienta de nuevo. Es lástima, pero toma otro trago, vuelve al nabo, da un chasquido, como de asco, y para diluir un poco la impresión causada, salta con una majadería:

– Era de noche, y sin embargo llovía... ¡Como si porque es de noche no pudiera llover!...

El filósofo

– ... ¡que si llueve! ¡Me mojo, me mojo, hasta que me corre el agua por el cuerpo y se me llenan de agua los zapatos... ¿Qué dónde duermo? Bueno, le voy a decir un secreto, pero no lo publique, ¡eso no lo diga!; pues duermo en el jardincito del Hospital Vargas. Pongo dos periódicos debajo –¡por eso le decía que soy un poco periodista, ¿se acuerda?; ¡ja, ja! –y me tumbo. Hasta que hagan ustedes los periódicos con muelle, estos pobres huesos míos seguirán igual. ¿Si llueve? pues que llueva. La lluvia me moja, el sol me seca; para mí todo es indiferente, lo frío y lo caliente... ¿Qué le parece mi verso?... ¿Que qué hago, por la mañana? Primero, despertarme, ¡eso es indispensable para lo que voy a hacer! Después leo el periódico, el mismo que me ha servido para dormir. Porque, escuche, caballero, yo no leo nada que no me sirva de algo... ¡Ah!; y ahora viene lo de mis lentes, que se me olvidó! Porque Ud. habrá visto por mi conversación, que no estoy al tanto de las noticias, ¡es que no leo, es que no puedo leer! Aquí, entre nosotros... ¡me los quitaron!, ¡sí señor! Una mañana desperté sin ellos. ¡Y eso no se hace! ¿Verdad que no se hace?... Que vayan al Banco Venezuela, ¡eso está bien! Bueno, no está bien, pero vamos, que eso de robarme a mí los lentes está muchísimo peor. ¿Y para qué los querría el que me los quitó?... ¡Estoy seguro que no sabrá leer!... Pero, por eso mismo, el chasqueado habrá sido él: no podrá leer ni con lentes. ¡ja, ja! Y yo, sin ellos, hasta sé dibujar...

El artista

– ... déme un papel y un lápiz...

Y el doctor saca la lengua, mira un poco de reajo al papel, se aplica en trazar unas líneas, y canturrea: "Noche veracruzana que lleva el mar... la, la, larala, lala"... ¿Qué creáis, que yo no soplo?...

– ¿Y esa canción?

– ¡Ah, la música!... Que vengan aquellos vales, aquellos joropos... Música del Maestro Gutiérrez, ¡esa sí es música sabrosa! ¡Y qué cosa tan indecente el mambo!... ¿Qué les parece este paisaje?... ¡Maravilloso, perfectamente maravilloso! ¡Ah, y si me vieran dibujar con mis lentes!... Bueno, pues ya está: ¡me lo publica, ¿oyó?; y aquí va la firma: "Dr. Yépez"...

"Juan de la calle"

– ¿Y qué hago todo el día?... Pues verá: me levanto a las ocho, poco más o menos; bueno, digamos que en "un promedio"; porque hay días que... ¡bueno! Pues lo primero, llegarme hasta el Pasaje Linares. Allí me tomo mi brandicito. ¡Habrase visto gente mejor! Ahora soy "Juan de la calle", pero yo he tenido mi posición. Bueno, pues, ponga oído, ¡aquí hay un detalle enorme!... pues más gente honrada encontré entre ésta de alpargatas que entre la alta aristocracia. ¡Dígalo, dígalo, si quiere lo firmo! ¿Después? Camino, camino; como donde caiga bien, bebo siempre que puedo, también. No me preocupa la hora. Yo soy como el morrocoy, llevo la casa en la concha. Y así soy feliz. Bueno, a veces me siento desgraciado. Ayer en la mañana, por ejemplo, me dolía un callo. Pues, ¡ya ve!, no era feliz... Bueno, caballero, no quiero molestar. me voy, "thank you". ¿Verdad que van a publicar mi foto? Si lo hacen se venden hasta las ediciones pasadas. Caracas y la juventud venezolana están pendientes de mí. "¡Au revoir!" Y se fué...